

## ¿Dónde estaba la clase obrera cubana cuando la revolución? (1952-1959)

Marcos Winocur

Cuando examinamos de cerca el rico fenómeno de la revolución cubana desde el ángulo de la historia social, nos topamos con la existencia de las dos clases que intervienen en la producción del azúcar y que se presentan en permanente conflicto: la burguesía y la clase obrera. Eran conocidas antes de la revolución, es decir antes de los años cincuenta, como los boxeadores sobre el ring. Y también después de los años cincuenta, después del triunfo de la revolución que hoy celebra su treinta aniversario, cuando la burguesía reaparecía fugazmente para ser expropiada y la clase obrera ponía manos a la obra en la construcción del socialismo, lo cual es como decir: terminada la pelea de box el árbitro levanta la mano de la última declarándola vencedora.

Pero *durante* los años cincuenta, durante los *rounds* decisivos, cuando la revolución llega a Cuba ¿qué ocurre con la clase obrera, cuál es su actitud?

Para responder a la pregunta, fui a Cuba a averiguarlo sobre el terreno, recurriendo a fuentes originales, en especial a la prensa. Y también sobre el terreno vi la gente y el país, las huellas de aquel torbellino, todavía presente en la memoria. Y recogí testimonios directos. Conté en todas las instancias con la mejor disposición del Instituto de Historia de Cuba, dirigido por Julio le Riverend, a quien reitero mi agradecimiento.

Comenzaremos por una breve referencia a los años que precedieron al golpe de Estado (1952, asunción del general Fulgencio Batista) y al subsiguiente estallido de la lucha armada (1953, asalto al cuartel Moncada). Cuando se prendieron las luces rojas de peligro, el gobierno civil fue derribado. Es lo que ocurrió en 1934. Y también cuando amenazaban encenderse de nuevo en 1952. El golpe es ahora preventivo. Impide las elecciones convocadas para ese año e instaura la dictadura militar que habrá de consagrar un clima de violencia desde antes desatado. De la década del cuarenta a la del cincuenta las formas democráticas se fueron deteriorando en coincidencia con la evolución de la situación internacional, entre 1946 y 1949, cuando la guerra fría se echaba a andar por el mundo y sus pasos tocaban costas cubanas.

Precedido por el asesinato del portuario Aracelio Iglesias, el 20 de enero de 1948 se produjo el del negro Jesús Menéndez, principal dirigente de los trabajadores del azúcar, de sólido prestigio; su desplazamiento de la conducción gremial resultaba difícil salvo por eliminación física. Y eso ocurrió ese día sobre el andén de la estación ferroviaria de Manzanillo, provincia de Oriente. Al conocerse la noticia —cuenta en sus memorias Francisco García, un obrero del ingenio azucarero— “fue la rabia mal contenida:

salté de la locomotora, no quise creer, di un puntapié a un montón de cañas”; y luego fue el recuerdo: cuando el compañero ahora asesinado había escuchado de boca del presidente de la Asociación Nacional de Hacendados aquello de *sin azúcar no hay país*, y dado por respuesta: “sí, pero sin obreros no hay azúcar”.<sup>1</sup>

La política norteamericana de guerra fría tocaba costas cubanas. Una de las primeras medidas aplicadas en Cuba fue la represión del movimiento obrero, de excepcional tradición de lucha en el Caribe. Pero la guerra fría se encontró con algo que le esperaba en la isla: la crujiente estructura económica cubana tras la contracción del mercado mundial azucarero, por la opción de la política oficial de limitar las cuotas de producción de los ingenios (las llamadas zafras restringidas). Fue un verdadero tratamiento de choque para la clase obrera. Para aplicarlo fue convocado Fulgencio Batista. Es el hombre fuerte, capaz de administrar guerra fría y *shock*. Con los tanques en la calle, ambas medidas represivas concurren en la madrugada del 10 de marzo de 1952, cuando seguidamente da a conocer su decisión de restringir la producción azucarera, que de inmediato es bienvenida por la política de guerra fría. Francis L. McCarthy, gerente de la agencia norteamericana de noticias United Press, se expresa con claridad días después del golpe: “el problema del comunismo o la democracia tendrá que ser solucionado algún día en el campo de batalla”.<sup>2</sup> ¿Cómo se entendían por entonces estas palabras? Para muchos el “algún día” no sonaba lejano. Casi se confundía con el presente mismo: estaba en curso la guerra de Corea.

El articulista hacía elogios de Fulgencio Batista, al punto de compararlo con Napoleón Bonaparte. Claro que los elogios no venían solos, sino acompañados de una recomendación: a la larga –escribía– si el nuevo mandatario “es realmente un demócrata, se verá precisado a declarar ilegal al Partido Comunista en Cuba”.<sup>3</sup> Su consejo fue seguido e incluso llegó más allá: como es usual en estos casos se acabó por ilegalizar a toda la oposición. Y en cuanto al plano internacional, Fulgencio Batista no fue menos coherente: sellando su alineación con los Estados Unidos en la guerra fría, rompió relaciones con la Unión Soviética.

¿Cómo reaccionó el pueblo cubano frente a la dictadura? El desenlace es conocido: tras años de lucha dio por tierra con Fulgencio Batista y ello significó cubrir un momento histórico decisivo para los destinos de la nación. Mas el 10 de marzo de 1952 no podía en rigor hablarse de la existencia de una oposición al golpe de Estado. Ciertamente el país se estremeció y hubo pronunciamientos, como el de la Universidad. Pero no se fue mucho más allá, pocos salieron a la calle, y no tardaron en regresar desalentados a sus casas. De modo tal que los niveles declarativos de la protesta fueron escasamente traspuestos. No hubo movilización masiva y, faltando la unidad necesaria para cerrar el paso a los

<sup>1</sup> Francisco García, *Tiempo muerto. Memorias de un trabajador azucarero*, texto abreviado, Instituto del Libro, La Habana, 1969, p. 81-83.

<sup>2</sup> Francis L. McCarthy, “Historia de una revolución (Batista: ¿dictador o demócrata?)”, 2a. parte, *Bohemia*, 6 de abril de 1952, p. 60-61 y 74-75.

<sup>3</sup> *Ibid.*

golpistas, éstos se impusieron con facilidad. Por lo demás, el gobierno civil se desmoronó sin ofrecer resistencia y la corriente liberal mayoritaria (Partido Ortodoxo) tampoco fue capaz de dar una respuesta adecuada a la asonada militar. Y en cuanto al movimiento obrero, la difícil situación lo había llevado a replegarse.

Vimos la ofensiva desatada contra los trabajadores organizados en los años de guerra fría. Los sindicatos fueron asaltados, cegada su vida democrática, sus fondos copados y, protegida por la policía, una burocracia gangsteril se adueñó de sus direcciones. Y en ese clima fue posible consumir la división del movimiento obrero.

Los trabajadores fueron tomados por sorpresa. Años de luchas reivindicativas legales –favorecidas por la coyuntura internacional de la segunda Guerra Mundial– se vieron bruscamente cortados. El movimiento obrero no alcanzó a organizar la resistencia. Y ese estado de desarme –que se venía reflejando incluso en la formación ideológica de los cuadros– favoreció las acciones en su contra y forzó al repliegue.

No fue ajena a todo esto la situación vivida por los comunistas, quienes tradicionalmente venían ocupando la dirección de los sindicatos. Una polémica internacional tuvo lugar a poco de terminar la segunda Guerra Mundial. Earl Browder, del Partido Comunista de los Estados Unidos, sostenía que, dadas las condiciones creadas por la victoria aliada, no resultaba necesario mantener las organizaciones políticas de la clase obrera. Dicho en lenguaje de izquierda, se trataba de una posición “liquidadora”. Jacques Duclos, del Partido Comunista de Francia, fue el encargado de refutarla y en su documento aludió al Partido Socialista Popular (comunista) de Cuba, afirmando que se encontraba influido por el browderismo. Este último partido –si bien con reservas de forma– admitió el error, tal cual quedó expresado a través de su portavoz *Fundamentos*.

La subsiguiente guerra fría acabó por demostrar la inconsistencia del browderismo. Pero no es seguro que sus efectos –no obstante la postura autocrítica– hayan sido desterrados del Partido de los comunistas cubanos. Pues, ¿qué exigía el momento de los obreros frente a la ofensiva desatada en su contra? Levantar defensas. Y ¿qué inculcaba el browderismo? Precisamente lo contrario: abatir las defensas.

Fue así como llegó a ser promovido a secretario general de la CTC (Confederación de Trabajadores de Cuba), Eusebio Mujal, por quien se dio a la corriente sindical gangsteril el nombre de mujalismo. Este se impuso dejando allanado el camino para el golpe de Estado. El 10 de marzo de 1952 el mujalismo amagó con una huelga general de resistencia, mas esto no pasó de ser un gesto y no tardó en alinearse junto al flamante dictador.

No podía ser de otro modo. Es sabido que la burocracia sindical carece de futuro sin el sostén del aparato estatal. Los matones no bastan para evitar las asambleas de los trabajadores, deben saber que gozan de impunidad, que los jueces cerrarán los ojos o carecerán de pruebas para condenar porque la policía jamás las proporcionará, y que a cubrir los costos concurrirán fondos especiales provenientes de las arcas del Estado. Y bien, producido el golpe de Estado, el mujalismo no se iba a resignar a la orfandad. Incluso lo favoreció el cambio político: en adelante no sólo se apoyaría en la

policía –como hasta entonces venía sucediendo bajo el gobierno civil– sino en las bayonetas del general Fulgencio Batista.

### **La estructura de clase**

La clase obrera se hallaba ante una nueva coyuntura política, la de los años cincuenta frente a la que iría dando sus propias respuestas. Pero antes de entrar a considerarlas hay que preguntarse ¿cómo era el sujeto de esas respuestas? O, en otros términos, ¿cuál era su estructura de clase? Difiere de la clásica imagen del proletario europeo. Intentaremos reunir rasgos que cooperen a vislumbrarlo. Para proponer, así sea provisionalmente, una clasificación por niveles en el interior de la estructura, se han combinado tres criterios: localización en el sentido de lo urbano y lo rural, concentración por empresa y grado de especialización (industrial, etc.).

Un primer nivel corresponde al obrero industrial, salvo el de la rama del azúcar, cuya especificidad demanda se trate aparte. Típicamente ligado a la más alta concentración de maquinaria registrada en la época por establecimiento, se agrupa como sigue:

a) En catorce fábricas de ramas varias como la textil, la tabacalera y la de la alimentación, reuniendo cada una entre 500 y algo más de 2 000 operarios;<sup>4</sup> en la industria de la construcción donde domina como propietaria la burguesía cubana (no azucarera).

b) Servicios públicos como electricidad, teléfonos, transportes; refinerías de petróleo y minas (situadas fuera del radio urbano pero cuyo tipo de obrero se asimila al resto); domina como propietario el capital norteamericano.

Un segundo nivel se integra con empleados de comercio mayor, administración pública, bancos e infraestructura turística; repartidos en las ciudades, concentración media y desligados del manejo de maquinaria.

Un tercer nivel cuya característica común es la más baja concentración y donde, si bien se operan máquinas, no son del tipo de las de gran industria. Nos referimos a los asalariados de manufacturas, comercio menor, talleres de reparación, todos de menos de 500 dependientes por establecimiento: aquí se incluyen los llamados chinchales –cubanismo usado para significar pequeño negocio– cuyo personal se reduce a un par de asalariados.

Un cuarto nivel localizado decididamente en el agro en función de la plantación de base latifundista donde, sin ser el único, predomina en el cultivo de la caña de azúcar y en su apéndice fabril, la molienda. Aquí se inscriben:

a) Cien mil proletarios del sector industrial más desarrollado (161 ingenios).

b) Cuatrocientos mil macheteros que durante tres meses al año se dan cita en la zafra<sup>5</sup> y además en otras recolecciones de tipo colectivo (café, etc.), si bien en estas últimas en mucho menor número.

<sup>4</sup> Banco de Fomento Agrícola, Industrial y Comercial, censo de 1954, en Carlos Rafael Rodríguez, "La defensa de la economía cubana", Universidad Popular, segundo ciclo (Defensa de Cuba), La Habana, julio, 1960, p. 157.

<sup>5</sup> Las estadísticas coinciden en redondear esas cifras para la mano de obra empleada en la época de la zafra.

Una movilización de fuerza de trabajo excepcional, vista una vez por año, tal es la zafra. En el más breve tiempo posible deben cortarse las cañas y de inmediato molerse en el ingenio, a fin de que no pierdan en su concentración de azúcar. Prácticamente se recurre a toda la fuerza de trabajo disponible en un esfuerzo que tiene pendiente al país entero. Dentro de los macheteros distinguimos dos sectores: uno está integrado por obreros agrícolas temporeros y el otro por trabajadores de distinta extracción de clase: los pequeños campesinos. Es el caso de los agricultores cafetaleros de la provincia de Oriente. Obligados por compulsión económica a dejar la parcela para concurrir a vender una parte de su fuerza de trabajo, participaban como asalariados en las recolecciones colectivas. No por ello perdían su condición originaria de productores individuales pero, bien que temporalmente, se integraban en el seno de la clase obrera.

Había pues el fenómeno de la movilidad horizontal persiguiendo trabajo, penoso deambular entre zafra y zafra, cíclico desempleo llamado "tiempo muerto". Al hombre del "tiempo muerto", especialmente en el Oriente, entonces teatro de operaciones militares, se lo podía reencontrar, una vez que había dejado atrás los ingenios enmudecidos, en cualquiera de estos dos extremos: subiendo a la sierra para intentar un cultivo propio o esperando que fuera tiempo de otras recolecciones, o bien marchando a la ciudad en búsqueda azarosa: de trabajador de la construcción a vendedor ambulante, sin descartar la mendicidad. En fin, se trataba de una movilidad horizontal que hacía de correa de transmisión entre la clase obrera y el pequeño campesinado, al punto de confundirse sus límites en la base de la pirámide social. Fuera de este circuito y gozando de mayor asentamiento existían otros tipos de obreros rurales, como el peón de la explotación ganadera.

Es así como la movilidad horizontal, nacida de un estado de necesidad y ligada a la estructura específica de la clase obrera cubana era un verdadero revulsivo en el seno de las masas, pues se presentaba como un vehículo para su radicalización actuando a favor del "contagio" de la ideología de los trabajadores.

Sin pretender otorgarles funcionalidad fuera del ámbito de este trabajo, quedan consignados los rasgos que nos dibujan al sujeto del mismo, la clase obrera, a través de su estructura de clase. Volviendo, pues, a los términos de una pregunta formulada líneas atrás: ¿cómo fue su reacción frente a la nueva coyuntura política?

En ese tiempo se dejaba sentir el deterioro económico. Desde hacía años la curva de crecimiento demográfico subía por el ascensor mientras que la producción azucarera lo hacía por la escalera. Un paulatino desequilibrio que al correr de la década del cincuenta sufre un brusco agravamiento en virtud de la política de zafras restringidas adoptadas. Con ellas se congela la producción azucarera y, en lugar de subir, la vemos detenida en un piso, cuando no descendiendo varios escalones. Mientras tanto, la curva demográfica continúa su viaje por ascensor. Incrementándose de año en año, el deterioro económico alcanza su clímax en 1955. Se trata de una de las zafras de más corta duración en décadas, significando una disminución de salarios del orden del 23%. Y esto —conjugado con oscilaciones en los precios internacionales y estancamiento en el nivel de las exportaciones— repercutió en los

ingresos de la población como dan cuenta, sector por sector, las estadísticas publicadas en la revista empresarial.<sup>6</sup> El deterioro económico trajo malestar social, y éste buscó las vías para su expresión, cada vez más explosivas.

Con toda su fuerza se hará aquí presente lo que hemos dado en llamar el cuarto nivel dentro de la estructura de la clase obrera cubana: los trabajadores azucareros, quienes se lanzarían a la huelga en diciembre. Eran los más afectados por la reducción de la zafra anterior (enero-marzo de 1955) y, a punto de iniciarse una nueva (enero-marzo de 1956), su descontento se cristalizó en una reivindicación: un diferencial en función de los precios de venta del azúcar al exterior, reivindicación que se integraba al salario, y que había sido conquistada en tiempos de Jesús Menéndez. La burguesía azucarera y los inversionistas norteamericanos rehusaban pagar ese diferencial desde hacía cuatro años.

Meses antes de la zafra, en agosto de 1955, en pleno "tiempo muerto", sucedieron choques en el central azucarero Washington, propiedad de altos funcionarios del gobierno, en Manacas. El saldo fue de varios heridos, siguiéndose una inmediata repercusión en la provincia de Las Villas: el 3 de septiembre una asamblea obrera de asistencia completa fue disuelta por el ejército a la voz de "¡Tiren abajo y a matar!". El recuento de la crónica lleva a *Bohemia* a comentar en la correspondiente edición: "Iniciativas de huelga comenzaban a germinar."<sup>7</sup>

El ambiente estaba agitado. En el mismo septiembre estalló una huelga dentro del segundo nivel: el de los empleados bancarios. Tuvo la virtud, además de su significación como lucha, de desenmascarar ante vastos sectores a la dirección mujalista de la CTC. La actitud entreguista de ésta fue denunciada incluso por federaciones que hasta entonces le respondían: "No hay justificación—decían dirigentes del gremio de la electricidad— para que la CTC rebaje la dignidad de los trabajadores llamándoles a romper un movimiento, acto que tiene la calificación de rompehuelgas." Y los dirigentes telefónicos: la CTC se sitúa "como un vehículo que se pliega a la clase patronal".<sup>8</sup>

Y a todo esto venía sumándose una creciente movilización estudiantil. Paros en las casas de estudio (universitarias y secundarias), enfrentamientos en las calles con la policía, destacándose un insólito acontecimiento: la represión televisada. En efecto, el 4 de diciembre un grupo de estudiantes irrumpió en el campo de juego del estadio del Cerro, en La Habana, desplegando un cartel donde se demandaba la libertad de sus compañeros presos. De inmediato fueron cercados por la policía y apaleados ante los miles de espectadores en el estadio y a los ojos del país todo, que seguía el *match* por televisión.

Y bien, en ese clima se declaró la huelga azucarera, en diciembre de 1955.

<sup>6</sup> "Ingreso nacional cubano (1952-1958)", *op. cit.*

<sup>7</sup> "En Cuba. Azucareros. Palabras en la CTC. Rigurosamente exacto", *Bohemia*, 11 de septiembre de 1955, p. 69-71.

<sup>8</sup> "En Cuba. Bancarios. No hemos perdido la guerra...", *Bohemia*, 18 de septiembre de 1955, p. 75-76.

¿Cuáles fueron sus características y significación dentro del proceso? Hemos intentado sintetizarlos en los puntos que siguen.

1) La huelga concierne al cuarto nivel, el que, por mucho, era económica y socialmente más importante en Cuba.

2) Cobra características de insurrección: en las formas de violencia que adopta y por la evolución de su contenido, *de lo reivindicativo a lo político*. Veamos sucintamente el primer elemento, las formas asumidas por la huelga azucarera, según lo comenta en la época *Bohemia*: “los huelguistas tomaron los ayuntamientos (...) obreros y soldados chocaron repetidas veces (...) tránsito paralizado a consecuencia de dos vagones volcados. La población, amedrentada, no salía de sus casas (...) los festejos de fin de año no pudieron celebrarse (...) cartel en la fachada (de un local sindical, dejado por la policía): ‘Se prohíbe la entrada a los obreros azucareros’ (...) cortada la luz eléctrica, el ejército acuartelado, obstruida la comunicación con el exterior, las calles desiertas, llenas de vidrios, piedras y muebles, el tren paralizado, cerrado el comercio (...) fueron obligados a barrer las calles (tres concejales oficialistas)”.<sup>9</sup> Estos brochazos de crónica corresponden a las poblaciones de Colón, Sagua la Grande, Quemado de Guines, Marta Abreu, Santo Domingo, Cienfuegos y Placetas, repartidas por diferentes zonas azucareras de la isla.

Tal es, pues, la violencia que asume la huelga azucarera. Respecto al otro elemento que marca su carácter de insurrección, la evolución de su contenido, que pasa de lo reivindicativo a lo político, consigna Blas Roca: “las masas no gritaban solamente por el pago del diferencial, sino también por la derrota de la tiranía. ¡Abajo el gobierno criminal!, era la consigna repetida por las masas que se trababan en lucha por las calles”.<sup>10</sup> Vale decir: el signo nuevo (acompañado por las formas de violencia) es esta evolución del contenido hacia lo político. No obstante, continuaba predominando lo reivindicativo: al obtenerse la satisfacción parcial de la demanda salarial el movimiento cesó.

3) El cambio en el ánimo de los trabajadores entrañaba su incorporación al proceso. Quienes no habían dejado sus hogares cuando el golpe de Estado de Fulgencio Batista en 1952, ahora en 1955, se enfrentaban con la dictadura y aun desarmados, se hacían dueños de la situación y ocupaban lugares de trabajo y centros poblados, a los que declaraban “ciudades muertas”.<sup>11</sup> Si bien esta línea de acción no era por el momento convergente con la de Fidel Castro, éste valoró la significación de la huelga azucarera desde su exilio en tierras mexicanas, mientras organizaba la expedición armada del yate *Granma* y supo referirse a ella en los siguientes

<sup>9</sup> José Lorenzo Fuentes, “¡Nos quieren arrebatar el diferencial! –dicen los trabajadores azucareros–”, *Bohemia*, 25 de diciembre de 1955, p. 72-73; Conrado Rodríguez, “La industria azucarera ha obtenido fabulosas ganancias”, *Bohemia*, 25 de diciembre de 1955, p. 71; “En Cuba. Obreros. La lucha por el diferencial”, *Bohemia*, 1 de enero de 1956, p. 68 y 73-74; José Lorenzo Fuentes, “La huelga azucarera”, *Bohemia*, 8 de enero de 1956, p. 62-63 y 88; “En Cuba. Obreros. No quiero ciudades muertas”, *Bohemia*, 8 de enero de 1955, p. 69-70 y 72-74.

<sup>10</sup> Blas Roca, “La revolución cubana (VIII Conferencia del Partido Socialista Popular de Cuba, informe del 21 de agosto de 1960)”, *Fundamentos*, Buenos Aires, 1961, p. 20.

<sup>11</sup> “En Cuba. Obreros. No quiero ciudades muertas”, *op. cit.*

términos: “el país estaba convulsionado por la heroica rebeldía estudiantil y el formidable movimiento de los obreros azucareros en demanda del diferencial”.<sup>12</sup>

4) La participación solidaria de otros sectores sociales. La FEU (Federación Estudiantil Universitaria) –en conflicto permanente con la dictadura desde que sucedió el golpe– convocó, luego de una serie de paros en las casas de estudio y manifestaciones callejeras, a una demostración nacional de protesta. Consistió en un paro general de actividades (laborales, docentes, profesionales), que logró el apoyo, no sólo de la masa obrera, sino de la industria, el comercio y la ciudadanía en general.<sup>13</sup> Este paro fue programado para el 14 de diciembre, pocos días antes de estallar la huelga azucarera. Obtuvo un eco relativo. Pero, más allá de sus resultados inmediatos, anticipó y contribuyó a una voluntad unitaria que, además de alcanzar la solidaridad estudiantil, llegó a abarcar a otros sectores: en las zonas azucareras el pequeño comercio cerró las puertas y hubo sacerdotes que ofrecieron sus iglesias como refugio contra la persecución policial (dos obreros fueron muertos, uno de ellos a culatazos), los profesionales y, en general, la pequeña burguesía, se adhirió solidariamente al movimiento. Un ejemplo: en Sagua la Grande –da cuenta *Bohemia*– “la Iglesia, la sociedad Yatch Club, el Casino Español y el Centro de Detallistas fueron ocupados militarmente, debido a que las ‘clases vivas’ apoyaban sin reservas el movimiento”.<sup>14</sup> Se gestó en estas acciones la unidad que tres años después –en 1958– sería el instrumento decisivo para derribar a la dictadura.

5) La recuperación del movimiento obrero no es ajena a la labor de los comunistas, quienes venían trabajando clandestinamente en la organización de los comités pro Defensa de las Demandas Obreras y por la Democratización de la CTC. Estos jugaron su papel en diversos movimientos y –destaca Blas Roca– muy especialmente en la huelga azucarera de diciembre de 1955.<sup>15</sup> Fue ese año cuando tales organizaciones realizaron clandestinamente un congreso nacional dándose una dirección a ese nivel y contando con la presencia de alrededor de 200 delegados obreros.<sup>16</sup>

6) Las direcciones sindicales mujalistas fueron desbordadas por los trabajadores para quienes quedó claro el acuerdo entre los dueños del azúcar, la dictadura (que inicialmente dictaminara en contra de la petición obrera del diferencial) y los mujalistas, quienes –comentó *Bohemia*– “sentía(n) temblar la tierra bajo sus pies”.<sup>17</sup>

7) El gremio azucarero obtuvo parcialmente la satisfacción del rubro salarial cuya demanda lo llevara a la huelga. Ahora bien, la

<sup>12</sup> Fidel Castro, “El Movimiento 26 de Julio”, *Bohemia*, 1 de junio de 1956, y reproducido en Fidel Castro, “La revolución cubana”, Buenos Aires, Ed. Palestra, 1960, p. 109.

<sup>13</sup> “En Cuba. Estudiantes. Cinco minutos históricos”, *Bohemia*, 25 de diciembre de 1955, p. 64-65.

<sup>14</sup> “En Cuba. Obreros. No quiero ciudades muertas”, *op. cit.*

<sup>15</sup> Blas Roca, *op. cit.*, p. 31.

<sup>16</sup> Joaquín Ordoqui, *Elementos para la historia del movimiento obrero en Cuba*, Dirección Nacional de Escuelas de Instrucción Revolucionaria, La Habana, 1962, p. 37-38.

<sup>17</sup> “En Cuba. Obreros. No quiero ciudades muertas”, *op. cit.*

experiencia estaba hecha: las masas podían enfrentarse con la dictadura y ésta verse obligada a retroceder. Andrés Valdespino, comentarista de *Bohemia*, pudo entonces valorar cómo el régimen “se encontró en una dramática encrucijada ante la rebelión nacional del sector más importante y numeroso del país. Para un gobierno cuya legitimidad se discute a diario y cuya impopularidad nadie discute, las perspectivas de una huelga general no eran cosa de juego”.<sup>18</sup>

¿Cómo evolucionaba entre tanto la coyuntura política? Una vez dado el golpe, se produjo un vacío que caracterizó al campo de la oposición, ya que los partidos burgueses no acertaron a dar una respuesta adecuada a la demostración de fuerza que los había arrinconado, pese a que los trabajadores y su partido habían sido obligados a retroceder como resultado del mujalismo. ¿Quiénes—qué clase y a través de qué dirigentes— cubrirían ese vacío? ¿Por qué vías se reemprendería la acción política en el nuevo terreno que se planteaba?

Tales fueron los interrogantes que surgieron inmediatamente después del golpe. Pero apenas empezaban a vislumbrarse las respuestas casi año y medio después, en la madrugada del 26 de julio de 1953. Ese día, luego de una minuciosa preparación, algo menos de dos centenares de jóvenes dirigidos por Fidel Castro marcharon al asalto de dos cuarteles emplazados en la provincia de Oriente, el Moncada en la ciudad de Santiago y el de Bayamo.

No se trataba de un asalto cualquiera. La operación estaba concebida como el inicio de una insurrección popular. Tomaba de blanco inicial a dos emplazamientos militares, con cuya captura se esperaba cortar las comunicaciones y obtener armas por sorpresa a fin de repartirlas de inmediato entre los civiles. Puede argumentarse que no estaban aún creadas las condiciones para emprender la tarea, pero era una operación militar que no marginaba a las masas, sino que contaba con ellas como fundamento. En este punto se diferenciaba la empresa encabezada por Fidel Castro de una concepción conspirativa, presente ya en el escenario de la oposición antidictatorial y reiterada después por distintos grupos insurrectos.

Tampoco la elección del punto para iniciar la acción—que en definitiva debía extenderse a toda la isla— quedó librada al azar. En oriente, como réplica al occidente donde predominaban los burócratas y los militares, se había creado un polo productivo—demográfico— con un juego institucional más libre. El centro urbano correspondía a la capital, Santiago. Las tradiciones independentistas presentaban el marco histórico, mientras que el valor estratégico estaba dado por la importancia que se establecía entre el cuartel Columbia de La Habana y los destacamentos militares de Oriente citados, a los cuales se trataría de copar de entrada. Ya en ese primer paso la operación falló. Ninguno de los dos cuarteles cayó en manos de los atacantes. No obstante, la repercusión política del ataque fue de primer orden. Se comenzó así a dar respuesta a las cuestiones que la hora planteaba:

<sup>18</sup> Andrés Valdespino, “Más allá del diferencial”, *Bohemia*, 22 de enero de 1956.

a) Asumían la vanguardia de la lucha antidictatorial sectores radicalizados de la pequeña burguesía.

b) Apuntaba una nueva dirección en el campo opositor, que surgía con Fidel Castro y su Movimiento 26 de Julio.

c) Se proponía la vía armada como idónea para enfrentarse con la dictadura.

Por lo demás, a medida que se iban conociendo los pormenores, quedaba al descubierto la naturaleza represiva del régimen: decenas de prisioneros fueron fusilados luego de ser torturados tras los muros del cuartel Moncada a contar de la tarde de ese mismo 26. Nunca la isla en su medio siglo de vida republicana había conocido tamaña descarga represiva. La acción de la tarde del 26 daba así la razón a la de la madrugada del 26: contra la dictadura no cabía sino la vía de la insurrección. Y es de tal suerte que dos hechos relevantes del lapso 1953-1955 se articulan tras un objetivo común: dar por tierra con el régimen. El asalto a los cuarteles Moncada y de Bayamo señalaba la vía armada a las masas, y la huelga azucarera incorporaba a éstas a la resistencia.

Fue una conjunción de este tipo la que cobró vida casi tres años y medio después y partió de la Sierra Maestra de la provincia de Oriente con el arribo del yate *Granma*, el 2 de diciembre de 1956. A bordo del mismo venía, y desembarcó en costas cubanas, una expedición compuesta de 82 hombres. Había partido de México días antes y al frente marchaba nuevamente Fidel Castro. Hechas ciertas rectificaciones tácticas y habiendo madurado las condiciones, se trataba una vez más de insurreccionar el oriente.

Luego de fracasar la operación de asalto a los dos cuarteles, Fidel Castro había caído prisionero siendo después juzgado y condenado a quince años de reclusión. Pero la cárcel no pudo retenerlo. Una campaña popular le devolvió, junto a otros presos políticos, la libertad. Fue una amnistía que caracterizó a una breve tregua. Ante la continuidad de un descontento, cuyo tono hacía presagiar nuevos enfrentamientos protagonizados por las masas, la dictadura no tardó en retornar a la represión habitual. Comenzó entonces a temerse por la vida de Fidel Castro, a quien funcionarios del gobierno hacían objeto de provocación. El decide, pues, partir al exilio: “me marché de Cuba –declaró en julio de 1955– porque me han cerrado todas las puertas de la lucha cívica”.

En trance de cerrarse la tregua que caracterizara el dictado de la amnistía, era, en efecto, la continuidad del proceso general de agotamiento de la legalidad vivido bajo Fulgencio Batista. Contra éste se alzaba Fidel Castro y, en las mismas declaraciones, agregaba con particular énfasis: “de viajes como éste no se regresa, o se regresa con la tiranía descabezada a los pies”.<sup>19</sup>

El 2 de diciembre de 1956 el yate *Granma* toca costas cubanas; a bordo viene la expedición dirigida por Fidel Castro. Ha transcurrido un año y medio desde que éste dejara su patria, y durante ese lapso se han venido registrando las luchas populares descritas: las huelgas azucarera y bancaria, las movilizaciones estudiantiles y cívicas. Cabría agregar los combates por la tierra, frente a una ola de desalojos rurales desatada precisamente en zonas colindantes al

<sup>19</sup> “Una carta de Fidel Castro”, La Habana, julio 7 de 1955, en Fidel Castro, *La sierra y el llano*, Casa de las Américas, La Habana, 1969, p. 69.

desembarco del *Granma*. Fidel Castro –de regreso en un momento de tensión en el ánimo de las masas y encarnando la oposición a la dictadura– es bien recibido por sus compatriotas. Tanto en general, cuando se difunde por la isla la noticia de que la lucha armada se ha entablado, como en particular: en ese teatro de operaciones bélicas que fue la Sierra Maestra, donde la población rural soldó una alianza militar con Fidel Castro. ¿Por qué esa alianza? Los pobladores rurales necesitaban defenderse, abatir el brazo armado que los expulsaba de sus tierras y asesinaba, esto es, las patrullas enviadas en operaciones por el ejército de la dictadura y de las cuales se servían los latifundistas para realizar los desalojos.

Y ¿quiénes eran estos pobladores rurales? La respuesta la dan los pequeños campesinos, cultivadores en la zona del café y de otros productos de menor importancia; y también se alza nuevamente el cuarto nivel de la estructura de la clase obrera. Ese cuarto nivel que dejamos en el llano, lo reencontramos en la sierra, desplegando las características señaladas: movilidad horizontal, interpenetración clasista. Como fruto de este último fenómeno, que se da entre el pequeño campesino y el proletario, resultaba el tipo precarista, así llamado por carecer de todo título o derecho jurídico para asentarse sobre una parcela.

Este precarista se veía precisado a vender parte de su fuerza de trabajo en otras labores para poder subsistir. Ya tendremos ocasión de examinarlo en detalle más adelante. Por ahora señalemos cómo en el precarista –tipo muy difundido en la provincia de Oriente– vinieron a conjugarse los ya examinados factores estructurales de movilidad con una nueva ola de desalojos rurales, producida en la sierra luego del desembarco del yate *Granma*.

De modo que si la clase obrera se había hecho presente en las ciudades y en el llano de los cañaverales, tampoco estaba ausente de la sierra. Por lo demás, el eco de los movimientos reivindicativos de los trabajadores azucareros –y en particular la huelga de 1955– no tardaron en llegar desde el llano hasta lo alto de las montañas. De éstas descendía ahora otro eco, el de la guerrilla de Fidel Castro.

Una ciudad, antes que ninguna, supo recoger ese eco: Santiago de Cuba. Capital de la provincia de Oriente y segunda ciudad de la isla, aglutinaba en torno suyo a un polo opuesto al de La Habana. Hacía unos cuatro años del asalto al cuartel Moncada. Santiago había espiado la subsecuente masacre de prisioneros ocurrida tras los muros del cuartel. Y más tarde había presenciado la sublevación de los militantes del 26 de julio, el 30 de noviembre de 1956.

Fallada esta sublevación, se trató de hacer llegar ayuda a los expedicionarios del *Granma*, desembarcados dos días después. De Santiago partieron –organizada ahora la solidaridad, como antes dirigida la sublevación, por el joven Frank País– voluntarios, armas y abastecimientos para la guerrilla de la Sierra Maestra.

Santiago-Sierra Maestra –ligados por la proximidad geográfica– se constituyeron en el eje revolucionario del país a contar de 1957. Bautizada como “Capital de la Rebeldía”, Santiago paga caro el honor de ese título: la represión la toma como blanco: los crímenes y las torturas de militantes se suceden. Ya el 4 de enero de 1957 una manifestación de mujeres vestidas de negro recorre sus

calles portando en alto un cartel: “Cesen los asesinatos de nuestros hijos”.<sup>20</sup>

Deterioro económico, malestar social: en Santiago, un factor agudizaba este último más que en ningún otro punto de la isla, lo ponía al rojo vivo: la represión.

A mediados de 1957 los acontecimientos se precipitaron, Frank País dirige desde la clandestinidad la resistencia. El 30 de julio su escondite es detectado por la policía y cae junto a otro compañero. Santiago se siente vivamente herida y la tormenta se desata. Nada será más elocuente que la síntesis cronológica de los hechos sucedidos en esos días, poco y mal conocidos.

Santiago, 31 de julio. Al grito de “¡Libertad!”, una manifestación de mujeres recibe al embajador norteamericano Earl Smith, de visita oficial en la ciudad, entregándole una nota donde se pide cesen los Estados Unidos su apoyo al gobierno de Fulgencio Batista.<sup>21</sup>

Santiago, 1-5 de agosto. Vestido con el uniforme color verde olivo de comandante guerrillero, es sepultado Frank País junto a su compañero Raúl Pujol. Un cortejo que ocupa catorce cuadras acompaña los féretros. Desde el mediodía del día primero los comercios mantienen cerradas sus puertas. A los soldados que intiman a la reapertura —reporta *Bohemia*— igual contestación: el portazo en las mismas narices. Ese día —relata Vilma Espín, militante del 26 de Julio— “ocurrieron cosas insólitas: al paso del cortejo un oficial de la Marina de Guerra que estaba junto a un jeep se cuadró y saludó militarmente. Cerca del cementerio había un carro (automóvil) microonda patrullero del ejército. Cuando vieron la multitud que avanzaba (...) huyeron a todo correr”. En el cementerio la bandera cubana fue puesta a media asta y la bicolor del 26 de Julio colocada en el mausoleo independentista. Comienza la huelga general. Choques armados. Patrullas militares, rompiendo puertas y vidrieras, intentan en vano forzar la reapertura. (El hijo del conocido industrial “Pepín” Bosch —informa *Bohemia*— fue conducido al cuartel Moncada, como rehén, para garantizar el funcionamiento de las fábricas de Hatuey y Bacardí.) La huelga general se extiende por la isla, en particular a las provincias de Oriente, Camagüey y Las Villas. La Habana no se pliega a la huelga. Las garantías constitucionales (formalmente vigentes) son suspendidas y es establecida la censura de prensa a fin de evitar que el gobierno —reconocerán luego portavoces oficiales— “se hubiera desplomado en la primera semana de agosto” (cit. *Humanismo*). Por su parte, el periodista norteamericano Jules Dubois comentó: “(la agitación y la huelga general) amenazaron su caída”. Y Ernesto Guevara: “marcó un viraje en toda la estructura del movimiento revolucionario (...) Este fenómeno popular sirvió para que nos diésemos cuenta que era necesario incorporar a la

<sup>20</sup> “Año nuevo. Las madres cubanas. En Cuba”, *Bohemia*, 13 de enero de 1957, p. 72; Hugh Thomas, *Cuba or the Pursuit of Freedom*, Londres, 1971, p. 912 (hay edición española).

<sup>21</sup> Carlos M. Castañeda, “El embajador en Santiago, 31 de julio de 1957. Tal cual se produjo el sonado incidente ocurrido la víspera de la imposición de la censura de prensa”, *Bohemia*, 2 de febrero de 1958, p. 64-66.

lucha por la liberación de Cuba el factor social de los trabajadores".<sup>22</sup> Intentando nuevas conclusiones:

1) La lección ofrecida por las masas. Era un hecho que la guerrilla había prendido en la sierra, y otro no menos cierto el que se deducía: sin extenderse la insurrección a lo largo de la isla, la dictadura no sería derribada. El instrumento clave —se la había visto operar con neto sentido político a partir de Santiago— era la huelga general revolucionaria. Como se desprende de la cita de Ernesto Guevara, ello no pasó inadvertido para la guerrilla mandada por Fidel Castro.

2) El carácter predominantemente espontáneo de esta huelga, presentaba dos aspectos. Por un lado, evidenciaba hasta qué punto el estado de insurrección había madurado en el ánimo de las masas: sin consigna reivindicativa alguna de por medio y sin que la orden fuera lanzada por movimiento alguno, había estallado la huelga general en repudio al crimen: la decisión había sido tomada por las propias masas, en los momentos en que los féretros de Frank País y de su compañero desfilaban por las calles de Santiago, ya entonces ciudad enlutada. Esto es, si la huelga azucarera de 1955 había significado un cambio en la actitud de las masas con respecto al golpe de Estado de 1952, esta nueva huelga general de 1957 marcaba un avance dentro del mismo proceso: la aparición de condiciones subjetivas revolucionarias. Por otro lado el movimiento virtualmente sin conducción, se agotaba luego de días de resistencia sin que la caída de la dictadura fuera propuesta claramente como objetivo.

3) No sólo en razón de su contenido, sino de su extensión, se advierte un cambio respecto a la huelga de diciembre de 1955 (limitada al sector azucarero). En esta ocasión, encontrándose ya concluida la zafra, el movimiento cubre los centros poblados en dos tercios del territorio del país, abarcando parte de los niveles primero, segundo y tercero de la clase obrera.

4) Un rasgo ya observado se confirma y acentúa. Las masas trabajadoras cuentan con la solidaridad, a la par incluso en la iniciativa, de la pequeña burguesía (que cierra sus negocios). Y se agregan ahora sectores no azucareros de la burguesía industrial, quienes venían manifestando su oposición al régimen desde tiempo atrás; así declarada la huelga, presenciamos cómo el hijo de un fuerte y conocido industrial de Santiago es llevado como rehén del ejército, hasta que su padre consienta en reabrir sus fábricas.

5) El descontento generalizado y la acción revolucionaria llegan a golpear el corazón de las instituciones edificadas para la salvaguarda de "el orden", que en Cuba se llamaba Fulgencio Batista. De ello dan cuenta los episodios protagonizados por un oficial de

<sup>22</sup> "La muerte de Frank País, 30 de julio de 1957", *Bohemia*, 2 de febrero, 1958, p. 60-62; Vilma Espín, "Vilma evoca a Frank País", *Revolución*, La Habana, 10 de diciembre de 1963; "Un reportaje especial de En Cuba", *Bohemia*, 18-25 de enero de 1959, p. 5; Ildemar Pérez-Segnini, "Análisis del informe de Jules Dubois sobre la situación de la prensa en Cuba", p. 8. Jules Dubois, "La situación de la prensa en Cuba", informe a la Sociedad Interamericana de Prensa, Nueva York, 9 de septiembre de 1957, *Humanismo*, México, VI, núm. 7, enero-febrero, 1958, p. 67; Ernesto "Che" Guevara, "Proyecciones sociales del Ejército Rebelde", en *Obras*, 1957-1967, Casa de las Américas, La Habana, 1970, t. II, p. 13-14.

marina y luego por los patrulleros del ejército, cuando el sepelio de Frank País.

6) Si la huelga azucarera de diciembre de 1955 amenazó con convertirse en un peligro para el régimen, la huelga general de agosto de 1957 directamente lo constituyó. De esto dan cuenta portavoces del propio gobierno y testimonios tan insospechados como el del periodista norteamericano Jules Dubois. Vale decir, los síntomas se hacían claros: por un lado las masas pasaban a la acción, mientras que por el otro el régimen daba muestras de debilidad y descomposición interna: sus mecanismos se atascaban, las medidas represivas no surtían efecto. En fin, la correlación de fuerzas se inclinaba contra Fulgencio Batista.

Y bien, un nuevo par de hechos –como antes el asalto al cuartel Moncada y la huelga azucarera (1953-1955)– se complementan y concurren en un objetivo idéntico, esta vez a un más alto nivel: el desembarco del Granma, que replantea la lucha armada en distinto escenario, y la huelga que desde Santiago incorpora a los trabajadores a una lucha cuyo contenido fundamental no lo constituye lo reivindicativo sino lo político (1956-1957).

La revolución irá finalmente a golpear las puertas del reducto de Fulgencio Batista, el cuartel Columbia en La Habana. Tres huelgas –dos ya examinadas– escalonan ese proceso: antecedido por el conflicto bancario y por una intensa movilización estudiantil, el paro azucarero de diciembre de 1955; precedida por una escalada del crimen, debida al impacto emocional de la muerte de Frank País, la huelga general de agosto de 1957. Nos toca ahora ocuparnos de la tercera. Dejándose sentir desde antes, se declara en enero de 1959. Hacia fines de 1958, la idea de la huelga está a la orden del día. El llamado Pacto de Caracas –firmado el 20 de julio de 1958 y que consagra en el nivel político el frente antidictatorial– plantea así la estrategia común de lucha: “derrocar la tiranía mediante la insurrección armada, reforzando en un plazo mínimo todos los frentes de combate, armando a los miles de cubanos que estén dispuestos a combatir por la libertad. Movilización popular de todas las fuerzas obreras, cívicas, profesionales, económicas, para culminar el esfuerzo cívico en una gran huelga general, y el bélico en una acción armada, conjuntamente con todo el país”.<sup>23</sup>

La huelga general reaparecía. Cuando el 26 de julio de 1953, se proyectaba acudir a ella una vez capturados los cuarteles Moncada y de Bayamo, según lo ha puntualizado Fidel Castro en el discurso conmemorativo a veinte años de esa fecha;<sup>24</sup> cuando el 2 de diciembre de 1956, el desembarco del yate *Granma* y la sublevación de Santiago debían combinarse con la llamada a la huelga general. Fidel Castro lo había planteado desde tierras mexicanas, antes de hacerse a la mar: “una insurrección apoyada en una huelga general revolucionaria que venga de la base”.<sup>25</sup>

Cierto es que, en ambas ocasiones, no estaban aún dadas las

<sup>23</sup> Fidel Castro, *La Revolución Cubana*, “Documento de unión...”, p. 153.

<sup>24</sup> Fidel Castro, “El pueblo cubano protagonista de la revolución”, discurso del 26 de julio de 1973, Ateneo, Buenos Aires, 1973, p. 15.

<sup>25</sup> René Depestre, “El asalto al Moncada: revés victorioso de la revolución latinoamericana”, Casa de las Américas, La Habana, XIV, núm. 81, noviembre-diciembre, 1973.

condiciones para dar ese paso y que, como lo ha puntualizado Ernesto Guevara, “predominaba una mentalidad que hasta cierto punto pudiera llamarse subjetivista: confianza ciega en una rápida explosión popular, entusiasmo y fe en poder liquidar el poderío batistiano por un rápido alzamiento combinado con huelgas revolucionarias espontáneas y la subsiguiente caída del dictador”.<sup>26</sup> Tampoco había llegado el momento para lanzar la consigna de paralizar el país cuando el 9 de abril de 1958 se intenta en vano, fracasando –explica Ernesto Guevara– “por errores de organización, entre ellos principalmente la falta de contactos entre las masas obreras y la dirección, y su equivocada actitud. Pero la experiencia –agrega– fue aprovechada (...) enseñó a sus dirigentes (del 26 de Julio) una verdad preciosa que era, y que es, que la revolución no pertenecía a tal o cual grupo sino que debía ser la obra del pueblo cubano entero”.<sup>27</sup> De modo que:

a) La huelga general no estuvo ausente de la estrategia guerrillera; entre 1953 y 1958 fue reiteradamente planteada, mas sin alcanzar éxito.

b) Se convino en rectificaciones dictadas por las experiencias del llano, particularmente a partir del segundo movimiento de huelga (agosto de 1957).

c) Realizadas éstas, y en la medida en que se fue fortaleciendo y prestigiando el Ejército Rebelde como poder militar de la revolución, se hizo posible alcanzar el objetivo de derribar la dictadura culminando civilmente con el tercer movimiento de huelga (enero de 1959).

Tuvo lugar una suerte de convergencia catalizadora. La huelga general llegó a plantearse como una exigencia de los hechos y como un reencuentro para el Ejército Rebelde. No ya como una idea a priori, sino confrontada en vivo, e instrumentada por una clase obrera en acción. Y no sólo como un apoyo civil de la actividad militar, sino como una acción en pie de igualdad con ésta, tal cual se formula en el citado Pacto de Caracas. En fin, que el movimiento de huelga respondía más a la propia dinámica de clase.

Y así se llegó a los últimos días de 1958. De la Sierra Maestra habían partido dos expediciones, una al mando de Camilo Cienfuegos y la otra de Ernesto Guevara. No obstante que no superaban entre ambas los trescientos hombres, llegaron rápidamente al centro de la isla: el país se había vuelto contra el régimen; las masas abrían paso a los efectivos del Ejército Rebelde y éste cobraba las victorias sobre los desmoralizados cuerpos militares enemigos. El 31 de diciembre por la noche, viendo perdida la situación, Fulgencio Batista abandonó la isla no sin antes nombrar a sus sucesores: una maniobra de palacio sin futuro que da ocasión a las fuerzas de la sierra de convalidar la voluntad ya en marcha del llano, lanzando la consigna de la huelga general. Como comandante así lo hizo Fidel Castro desde su cuartel general de la Sierra Maestra, el primero de enero de 1959. En una de sus proclamas

<sup>26</sup> Ernesto “Che” Guevara, “Notas para el estudio de la ideología de la revolución cubana”, *Obras*, t. II, p. 95.

<sup>27</sup> Ernesto “Che” Guevara, “Proyecciones sociales...”, *Obras*, t. II, p. 3-14.

dirigida en especial y tributando merecido homenaje a la ciudad con la cual se había trabado el eje insurreccional, así decía:

Santiago de Cuba: ¡contamos con tu apoyo! Desde hoy a las 3:00 de la tarde la ciudad debe quedar totalmente paralizada. Todo el mundo debe abandonar su trabajo en solidaridad con los combatientes que te van a liberar. Solamente la planta eléctrica debe continuar laborando para que el pueblo pueda orientarse a través de sus radios. Santiago de Cuba: repetimos: serás libre porque te lo has ganado y porque no es justo que los soldados de la tiranía continúen hollando con sus botas esas calles que ha bañado tantas veces la sangre revolucionaria.<sup>28</sup>

En fin, el país entero se paralizó bajo la consigna de: ¡Todo el poder al Ejército Rebelde! Y Fidel Castro pudo así, un año después, en su discurso del 18 de noviembre de 1959,

afirmarlo con toda la autoridad que nos da el haber sido actores de aquellas horas decisivas: fue la huelga general la que destruyó la última maniobra de los enemigos del pueblo; fue la huelga general la que nos entregó las fortalezas de la capital de la república; y fue la huelga general la que dio todo el poder a la revolución.<sup>29</sup>

Y bien, en el movimiento participan así los cuatro niveles de la clase obrera, cubriendo la totalidad del territorio, incluso La Habana.

Por vez primera los trabajadores se presentan organizativamente coordinados y respondiendo a una dirección sindical clandestina unificada. Es un factor que asegura el éxito de la huelga general, y que precisamente estuvo ausente en el fallido intento del 9 de abril de 1958. Las organizaciones que actúan desafiando al aparato burocrático-mujalista de la CTC, integran finalmente una dirección representativa que, sin discriminaciones ideológicas, contiene en su seno a las corrientes opositoras a Fulgencio Batista. Se trata principalmente de los ya mencionados Comités pro Defensa de las Demandas Obreras y por la Democratización de la CTC, y del Frente Obrero Nacional –surgido a iniciativa del 26 de Julio–, los cuales pasan a constituir el FONU (Frente Obrero Nacional Unido). Y éste cumple su rol en la huelga general de enero de 1959.

Las sierras orientales tienen y transmiten, de padres a hijos, circuitos propios, marcados por los tipos de producción imperantes; con ellos se toparon los hombres venidos a bordo del *Granma*: una senda conduce de la sierra al llano y otra del llano a la ciudad. El llano está en la encrucijada de la zafra; de ella el pequeño campesino no regresa a la sierra tal cual vino, vuelve con elementos que en su ánimo contribuyen a morigerar lo que son los típicos individualismos de su clase y el aferrarse a la propiedad privada de la tierra, sin otra perspectiva que capitalizarse. Que, por lo demás, era para el pequeño campesino de la sierra bastante ilusorio, y la

<sup>28</sup> *Granma*, suplemento dedicado a Radio Rebelde, 8 de marzo de 1973, p. 29.

<sup>29</sup> Fidel Castro, discurso del 18 de noviembre de 1959 ante el X Congreso de la CTC, en "Manual de capacitación cívica", La Habana, MinFar, 1960. El subrayado es mío.

prueba es que al año siguiente lo tendremos de regreso a la zafra o a la recolección de café en predio ajeno. En fin, un circuito que pone a las masas rurales en movimiento y donde los obreros, venidos de la ciudad o residentes en el llano y a quienes hemos visto organizarse desde años atrás y actuar sin titubeos en la huelga azucarera de 1955, tienen concertada con ellos una cita puntual.

Dejarán caer una palabra en los oídos del pequeño campesino y lo encontrarán receptivo. Necesitado como fuerza de trabajo, rechazado por la competencia, es natural que así sea el hombre de la Sierra Maestra. Pues allí –primigenio teatro de guerra, asentamiento del Ejército Rebelde y escenario luego de batallas decisivas– las relaciones de producción parecían navegar contra la corriente: en lugar de participar del capitalismo llevado a todo lo largo de la isla por el ingenio –esa fábrica de azúcar– dado que sus pobladores permanecían sumergidos en el pozo de las supervivencias feudales, sobre las cuales nos hemos extendido. En esas condiciones el pequeño campesino quedaba expuesto al “contagio” de la ideología proletaria, pasando sin transición a absorber una perspectiva radical: los caudillos campesinos no repararían en medios para lograr reivindicaciones ni les asustaría que su logro pudiera conducir más lejos de tierra y trabajo a secas.

En fin, si de calibrar el papel de la clase obrera se trata, lo primero que hay que tomar en cuenta es esto: no se circunscribía su presencia a las empresas típicamente manufactureras de la ciudad y a los ingenios del llano sino que, en cierta medida, se dejaba sentir en la sierra. Y lo segundo, en lo referente a su actividad específica en el periodo: de una a otra huelga pasó a gobernar el llano. Hasta el momento en que el Ejército Rebelde entra en La Habana, ningún movimiento llega a tener la importancia y a cubrir el país como ella lo hizo con sus grandes huelgas. El recuento de fechas habla por sí mismo: 1955, 1957, 1959, bajo dictadura y mujalismo, un paro masivo cada dos años (en realidad es algo menos: cada año y medio).

Y bien, se ha intentado poner de relieve el papel de la clase obrera en el periodo. Conforme lo dejara enunciado el Pacto de Caracas, el triunfo requería una conjunción de la lucha armada y la paralización del país. No hubo derrocamiento de la dictadura mientras el Ejército Rebelde no bajó al llano y la isla fue ganada de oriente a occidente, de la Sierra Maestra a La Habana. Y el Ejército Rebelde no dispuso de ese camino hasta que la clase obrera, en el centro de un conjunto de acciones cívicas y de masa, lo dejó expedito.